

Cual banda de langostas enviadas  
Por plaga á veces del linaje humano,  
Que en las espigas fértiles, granadas,  
Con un sordo rozar no dejan grano;  
Así pues, en cuadrillas derramadas  
Suelta la gente por el ancho llano  
Dejaba los murtales mas copados  
De fruta, rama y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comian,  
De la hambre aquejados importuna;  
Otros ramos y hojas engullian,  
No aguardando á cogerla una por una:  
Quién huye al repartir la compañía  
Buscando en lo escondido parte alguna  
Donde comer la rama desgajada  
De las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas cuando  
Salen al campo del corral cerrado,  
Aquí y allí solícitas buscando  
El trigo de la troj desperdiciado,  
Que con los piés y picos escarbando  
Halla alguna el regojo sepultado,  
Y alzándose con él puesta en huida  
Es de las otras luego perseguida:

Así aquel que arrebató buena parte  
Deste y de aquel aquí y allí seguido,  
Huyendo se retira luego en parte  
Donde pueda comer mas escondido;  
Ninguno si algo alcanza lo reparte,  
Que no era tiempo aquel de ser partido,  
Ni allí la caridad, aunque la habia,  
Estenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor desta manera  
Gustando aquella rústica comida,  
Llegó una corba góndola lijera  
De doce largos remos impelida,  
Que zabordando recio en la ribera  
La chusma diestra y gente apercebida,  
Saltaron luego en tierra sin recato  
Con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quién es la gente,  
Y la causa de haber así arribado,  
No puedo aquí deciroslo al presente,  
Que estoy del gran camino quebrantado;  
Así para sazon mas conveniente  
Será bien que lo deje en este estado,  
Porque pueda entre tanto repararme,  
Y os dé menos fastidio el escucharme.



## CANTO XXXVI

Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del Archipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas  
Que las juzga por fábula la gente,  
Y tanto cuanto son maravillosas  
El que menos las cuenta es mas prudente;  
Y aunque es bien que se callen las dudosas  
Y no ponerme en riesgo así evidente,  
Digo que la verdad hallé en el suelo,  
Por mas que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte  
De todas nuestras tierras escluida:  
Que la falsa cautela, engaño y arte  
Aun nunca habian hallado aquí acogida....  
Pero dejada esta materia aparte,  
Volveré con la priesa prometida  
A la barca de chusma y gente llena,  
Que bogando embistió recio en la arena.

Donde un gracioso mozo bien dispuesto  
Con hasta quince en número venia:  
Crespo de pelo negro, y blanco gesto,  
Que el principal de todos parecia;  
El cual con grave término, modesto,  
Junto á nuestra esparcida compañía  
Nos saludó cortés y alegremente,  
Diciendo en lengua estraña lo siguiente:

«Hombres, ó dioses rústicos, nacidos  
En estos sacros bosques y montañas,  
Por celeste influencia producidos  
De sus cerradas y ásperas entrañas:  
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos  
Por caminos y sendas tan estrañas  
A nuestros pobres y últimos rincones  
Libres de confusion y alteraciones?»

Si vuestra pretension y pensamiento  
Es de buscar region mas espaciosa,  
Y en la prosecucion de vuestro intento  
Teneis necesidad de alguna cosa,  
Toda comodidad y aviamiento,  
Con mano larga y voluntad graciosa,  
Hallareis francamente en el camino  
Por todo el rededor circunvecino.

Y si quereis morar en esta tierra,  
Tierra donde moreis aquí os daremos:  
Si os place y os agrada mas la sierra,  
Allá seguramente os llevaremos;  
Si quereis amistad, si quereis guerra  
Todo con ley igual os lo ofrecemos,  
Escoged lo mejor, que á eleccion mia  
La paz y la amistad escogeria.

Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje  
Del gallardo mancebo floreciente,  
El espedido término y lenguaje  
Con que así nos habló bizarramente,  
El franco ofrecimiento y hospedaje,  
La buena traza y talle de la gente,  
Blanca, dispuesta, en proporcion fornida,  
De manto y floja túnica vestida.

La cabeza cubierta y adornada  
Con un capelo en punta rematado,  
Pendiente atrás la punta y derribada,  
A las ceñidas sienes ajustado,  
De fina lana de vellon rizada,  
Y el rizo de colores variado,  
Que lozano y vistoso parecia  
Señal de ser el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta,  
Y voluntad graciosa que mostraba,  
Ofreciendo también la nuestra cierta,  
Que á su provecho y bien se enderezaba;  
Pero al fin nuestra falta descubierta  
Y lo mal que la hambre nos trataba,  
Le pedimos refresco y vitualla  
Debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y prisa diligente,  
Vista la gran necesidad que habia,  
Mandó á su prevenida y pronta gente  
Sacar cuanto en la góndola traia,  
Repartiéndolo todo francamente  
Por aquella hambrienta compañía  
Sin de nadie aceptar solo un cabello,  
Ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,  
Y también esforzada la esperanza,  
Se comenzó á marchar por la ribera  
Segun nuestra costumbre en ordenanza,  
Y andada una gran legua en la primera  
Tierra, que pareció cómoda estanza,  
Cerca del agua en reparado asiento  
Hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aun asentado  
Ni puestas en lugar las demás cosas,  
Cuando de aquella parte y deste lado  
Hendiendo por las aguas espumosas,  
Cargadas de maiz, fruta y pescado  
Arribaron piraguas presurosas,  
Refrescando la gente desvalida  
Sin rescate, sin cuenta ni medida.

La sincera bondad y la caricia  
De la sencilla gente destas tierras  
Daban bien á entender que la cudicia  
Aun no habia penetrado aquellas sierras,  
Ni la maldad, el robo y la injusticia,  
Alimento ordinario de las guerras,  
Entrada en esta parte habian hallado,  
Ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros destruyendo  
Todo lo que tocamos de pasada,  
Con la usada insolencia el paso abriendo  
Les dimos lugar ancho y ancha entrada;  
Y la antigua costumbre corrompiendo  
De los nuevos insultos estragada,  
Plantó aquí la cudicia su estandarte  
Con mas seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el dia siguiente  
La nueva por las islas estendida  
Llegaron dos caciques juntamente  
A dar el parabién de la venida  
Con un largo y espléndido presente  
De refrescos y cosas de comida,  
Y una lanuda oveja y dos vicuñas  
Cazadas en la sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados  
De ver hombres así desconocidos,  
Blancos, rubios, espesos y barbados,  
De lenguas diferentes y vestidos;  
Miraban los caballos alentados  
En medio de la furia corregidos,  
Y mas los espantaba el fiero estruendo  
Del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al sur derecho  
La torcida ribera costeano,  
Siguiendo la derrota del estrecho  
Por los grados la tierra demarcando;  
Pero cuanto ganábamos de trecho  
Iba el gran archipiélago ensanchando,  
Descubriendo á distancias desviadas  
Islas en grande número pobladas.

Salian muchos caciques al camino  
A vernos como á cosa milagrosa,  
Pero ninguno tan escaso vino  
Que no trujese en don alguna cosa:  
Quién el vaso capaz de nácar fino,  
Quién la piel del carnero vedijosa,  
Quién el arco y carcax, quién la vocina,  
Quién la pintada concha peregrina.

Yo que fui siempre amigo é inclinado  
A inquirir y saber lo no sabido,  
Que por tantos trabajos arrastrado  
La fuerza de mi estrella me ha traído,  
De alguna gente moza acompañado,  
En una presta góndola metido,  
Pasé á la principal isla cercana  
Al parecer de tierra y gente llana.

Ví los indios y casas fabricadas  
De paredes humildes y techumbres,  
Los árboles y plantas cultivadas,  
Las frutas, las semillas y legumbres;  
Noté dellos las cosas señaladas,  
Los ritos, ceremonias y costumbres,  
El trato y ejercicio que tenian,  
Y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas paseando  
Sus pobladas y fértiles orillas,  
Otras fui torno á torno rodeando  
Cercado de domésticas barquillas,  
De quien me iba por puntos informando  
De algunas nunca vistas maravillas,  
Hasta que ya la noche y fresco viento  
Me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro dia que el campo caminaba,  
Que de nuestro viaje fué el tercero,  
Habiendo ya tres horas que marchaba  
Hallamos por remate y fin postrero,  
Que el gran lago en el mar se desaguaba  
Por un hondo y veloz desaguadero,  
Que su corriente y ancha travesía  
El paso por allí nos impedía.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado  
En el ánimo y rostro de la gente,  
Viendo nuestro camino así atajado  
Por el ancho raudal de la creciente:  
Que los caballos de cabestro á nado  
No pudieran romper la gran corriente,  
Ni la angosta piragua era bastante  
A comportar un peso semejante.

Y volver piés atrás visto el terrible  
Trabajo intolerable y escesivo,  
Tenian segun razon por imposible  
Poder llegar en salvo un hombre vivo:  
Quedar allí era cosa incompatible,  
Y temerario el ánimo y motivo  
De proseguir el comenzado curso  
Contra toda opinion y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonía  
Un joven indio, al parecer ladino,  
Alegre se ofreció que nos daría  
Para volver otro mejor camino:  
Fué escesiva en algunos la alegría,  
Y así dar vuelta luego nos convino,  
Que ya el rígido invierno á los australes  
Comenzaba á enviar claras señales.

Mas yo que mis designios verdaderos  
Eran de ver el fin desta jornada,  
Con hasta diez amigos compañeros,  
Gente gallarda, brava y arriscada,  
Reforzando una barca de remeros,  
Pasé el gran brazo y agua arrebatada,  
Llegando á zabordear hechos pedazos  
A puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,  
Sin lengua y sin noticia, á la ventura,  
Áspera al caminar y pedregosa,  
A trechos ocupada de espesura;  
Mas visto que la empresa era dudosa,  
Y que pasar de allí seria locura,  
Dimos la vuelta luego á la piragua,  
Volviendo á atravesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito  
Que era poner el pié mas adelante,  
Fingiéndome que marcaba aquel distrito,  
Cosa al descubridor siempre importante,  
Corrí una media milla, do un escrito  
Quise dejar para señal bastante;  
Y en el tronco que vi de más grandeza  
Escribí con cuchillo en la corteza:

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,  
Don Alonso de Ercilla, que el primero  
En un pequeño barco deslastrado  
Con solos diez pasó el desaguadero,  
El año de cincuenta y ocho entrado,  
Sobre mil y quinientos por hebrero,  
A las dos de la tarde el postrer día,  
Volviendo á la dejada compañía.

Llegando pues al campo, que aguardando  
Para partir nuestra venida estaba,  
Que el riguroso invierno comenzando  
La desierta campaña amenazaba;  
El indio amigo práctico guiando  
La gente alegre el paso apresuraba,  
Pareciendo el camino, aunque cerrado,  
Fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,  
Que siempre en su opinion estuvo fijo,  
Y por una encubierta selva espesa,  
Nos sacó de la tierra como dijo.  
Voy pasando por esto á toda priesa,  
Huyendo cuanto puedo el ser prolijo,  
Que aunque lo fueron mucho los trabajos  
Es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, do hospedados  
Fuimos de los vecinos generosos,  
Y de varios manjares regalados  
Hartamos los estómagos golosos.  
Visto pues en el pueblo así ayuntados  
Tantos gallardos jóvenes briosos,  
Se concertó una justa y desafío,  
Donde mostrase cada cual su brio.

Turbó la fiesta un caso no pensado,  
Y la celeridad del juez fué tanta,  
Que estuve en el tapete ya entregado  
Al agudo cuchillo la garganta:  
El enorme delito exagerado  
La voz y fama pública le canta,  
Que fué solo poner mano á la espada  
Nunca sin gran razon desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso,  
Fué forzosa ocasion de mi destierro,  
Teniéndome después gran tiempo preso  
Por remendar con este el primer yerro;  
Mas aunque así agraviado, no por eso  
Armado de paciencia y duro hierro  
Falté en alguna accion y correría,  
Sirviendo en la frontera noche y día.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,  
Ordinarios rebatos y emboscadas,  
Encuentros y refriegas peligrosas,  
Asaltos y batallas aplazadas,  
Raras estratagemas engañosas,  
Astucias y cautelas nunca usadas,  
Que aunque fueron en parte de provecho,  
Algunas nos pusieron en estrecho.

Mas después del asalto y gran batalla  
De la albarrada de Quipeo temida,  
Donde fué destrozada tanta malla,  
Y tanta sangre bárbara vertida,  
Fortificado el sitio y la muralla  
Aceleré mi súbita partida:  
Que el agravio mas fresco cada día  
Me estimulaba siempre y me roía.

Y en un grueso barcon, bajel de trato,  
Que velas altas de partida estaba,  
Salí de aquella tierra y reino ingrato,  
Que tanto afán y sangre me costaba;  
Y sin contraste alguno ni rebato  
Con el austro que en popa nos soplaba,  
Costa á costa y á veces engolfado  
Llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hásta tanto que la entrada  
Por el gran Marañon hizo la gente,  
Donde Lope de Aguirre en la jornada  
Mas que Neron y Herodes inclemente  
Pasó tantos amigos por la espada,  
Y á la querida hija juntamente,  
No por otra razon y causa alguna  
Mas de para morir juntos á una.

Y aunque mas de dos mil millas habia  
De camino por partes despoblado,  
Luego de allí por mar tomé la via  
A mas larga carrera acostumbrado,  
Y á Panamá llegué, do el mismo día  
La nueva por el aire habia llegado  
Del desbarate y muerte del tirano,  
Saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en tierra firme detenido  
Por una enfermedad larga y estraña;  
Mas luego que me vi convalecido,  
Tocando en las Terceras vine á España:  
Donde no mucho tiempo detenido  
Corri la Francia, Italia y Alemaña,  
A Silesia y Moravia hasta Posonia,  
Ciudad sobre el Danubio de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,  
Y otras y otras por ásperos caminos,  
Traté y comuniqué varias naciones  
Viendo cosas y casos peregrinos,  
Diferentes y estrañas condiciones,  
Animales terrestres y marinos,  
Tierras jamás del cielo rociadas,  
Y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy á priesa  
Del camino primero desviado?  
¿Por qué así me olvidé de la promesa  
Y discurso de Arauco comenzado?  
Quiero volver á la dejada empresa  
Si no teneis el gusto ya estragado;  
Mas yo procuraré deciros cosas  
Que valga por disculpa el ser gustosas.

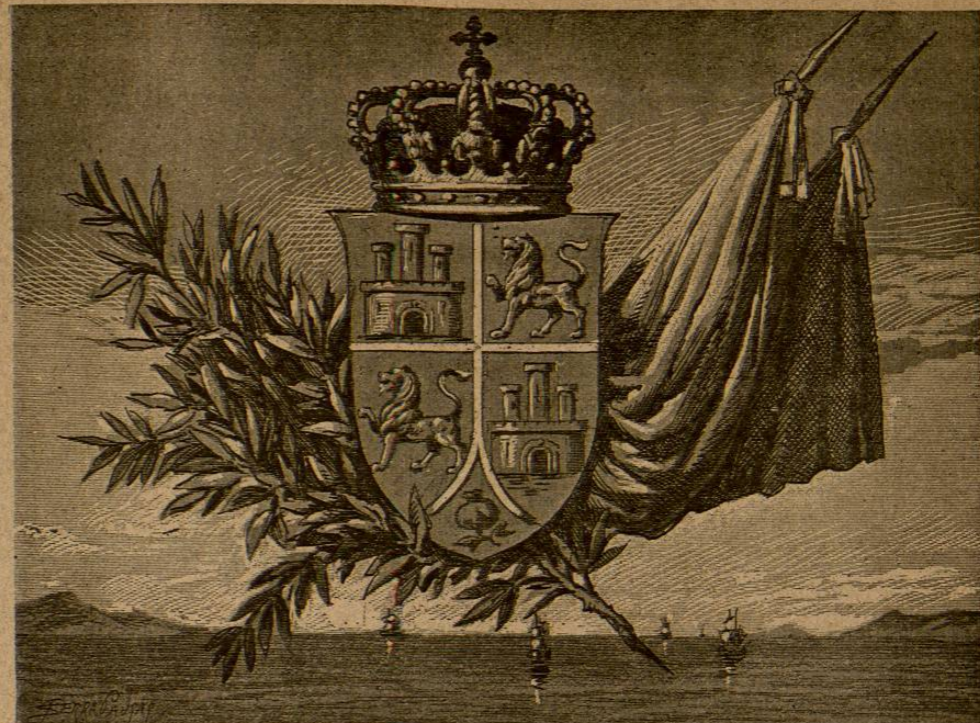
Volveré á la consulta comenzada  
De aquellos capitanes señalados,  
Que en la parte que dije disputada  
Estaban diferentes y encontrados;  
Contaré la eleccion tan porfiada,  
Y como al fin quedaron conformados,  
Los asaltos, encuentros y batallas,  
Que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando  
La trabajada mente y los sentidos,  
Por las regiones últimas buscando  
Guerras de ignotos indios escondidos;  
Y voy aquí en las armas tropezando,  
Sintiendo retumbar en los oidos  
Un áspero rumor y son de guerra,  
Y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada  
 Envuelta entre sus armas victoriosas,  
 Y la inquieta Francia ocasionada  
 Descoger sus banderas sospechosas;  
 En la Italia y Germania desviada  
 Siento tocar las cajas sonoras,  
 Allegándose en todas las naciones  
 Gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento,  
 Y el estrépito bélico y ruido,  
 Es menester esfuerzo y nuevo aliento,  
 Y ser de vos, señor, favorecido;  
 Mas ya que el temerario atrevimiento  
 En este grande golfo me ha metido,  
 Ayudado de vos, espero cierto  
 Llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura  
 Me suspende la voz amedrentada,  
 La materia promete y me asegura  
 Que con grata atencion será escuchada.  
 Y entre tanto, señor, será cordura,  
 Pues he de comenzar tan gran jornada,  
 Recoger el espíritu inquieto  
 Hasta que saque fuerzas del sujeto.



## CANTO XXXVII

En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar mas sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano  
 Con ira justa y pretension movido,  
 Y el derecho del reino lusitano,  
 A las sangrientas armas remitido:  
 La paz, la union, el vínculo cristiano  
 En rabiosa discordia convertido,  
 Las lanzas de una parte y otra airadas  
 A los parientes pechos arrojadas.

La guerra fué del cielo derivada,  
 Y en el linaje humano trasferida,  
 Cuando fué por la fruta reservada  
 Nuestra naturaleza corrompida.  
 Por la guerra la paz es conservada  
 Y la insolencia humana reprimida,  
 Por ella á veces Dios el mundo affige,  
 Le castiga, le enmienda y le corrige.

Tomo I

Por ella á los rebeldes insolentes  
 Oprime la soberbia y los inclina,  
 Desbarata y derriba á los potentes,  
 Y la ambicion sin término termina.  
 La guerra es de derecho de las gentes,  
 Y el orden militar y disciplina  
 Conserva la república y sostiene,  
 Y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego  
 Que del fin de la paz se desviare,  
 O cuando por venganza ó furor ciego,  
 O fin particular se comenzare;  
 Pues ha de ser, si es público el sosiego,  
 Pública la razon que le turbare:  
 No puede un miembro solo en ningun modo  
 Romper la paz y union del cuerpo todo.

41